

A sus acordes lejanos  
—la vela tendida al viento—  
cruzaba mi pensamiento  
los canales venecianos.

En marmórea escalinata,  
al pie de una celosía,  
un paje rubio tañía  
la vieja mandolinata.

Sobre las ondas verdosas,  
bajo la noche estrellada,  
nuestra góndola dorada  
iba de nardos, de rosas

y de jazmines cubierta,  
y tú, de blanco vestida,  
entre mis brazos dormida,  
pálida como una muerta...

La vieja mandolinata  
¿ya no recuerdas, mi amor?...  
¡Olorosa serenata  
de nuestros sueños en flor!

#### PERFUME ANTIGUO

Abri con mano perezosa y trémula  
el viejo estuche de oxidada plata,  
y una esencia sutil de flores mustias  
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía  
las nobles armaduras; arrancaba  
relámpagos de sangre á los damascos;  
templaba en el cristal de las arañas,  
y un incendio de púrpura fingía  
en las antiguas lunas venecianas.

¡Tristezas de salones seculares!  
El viejo terciopelo tiene alma,  
y al ondular se queja, recordando  
historias y cánciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.  
Crujen las sedas de los muebles... Hablan  
de lejanos recuerdos; se refieren  
sus últimos amores en voz baja.

Y la leve patina de los siglos  
con un temblor de lágrimas empaña  
los antiguos espejos que semejan  
verdes lagunas de dormidas aguas.

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,  
visión alucinante, visión blanca,  
que desde el fondo oscuro de ese cuadro  
me ofreces un amor sin esperanza!...

¡Oh, busto de marfil donde la muerte  
borró los tonos de la vida!... Grana  
de los labios risueños, rosas frescas  
de las rojas mejillas, esmeraldas  
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto!...  
Sólo el tiempo dejó la nota blanca.

Nota blanca que turba solamente  
el fulgor de un rubí, que, entre las pálidas  
camelias de tus manos, rojo, imita  
una gota de sangre coagulada.

### AL PASAR...

El sendero moría en la selva lejana.  
Bajo un nogal, la casa de nieve estaba abierta.  
Nacía el sol. Hilaba una anciana á la puerta,  
y una niña reía tras la verde persiana.

¡Oh, blanca casa abierta, floreciente ventana,  
sombra, reposo y calma en la jornada incierta,  
al volver un recodo de la senda desierta  
surgís en las azules brumas de la mañana!

Mesón al sueño abierto, puerta franca á la vida,  
donde unos labios vírgenes nos dan la bienvenida  
y una anciana le ofrece reposo al pasajero

que siente las profundas tristezas del camino...  
¿En qué mañana, á vuelta de qué nuevo sendero  
alegraréis los ojos del triste peregrino?

### CREPÚSCULO

Los enamorados cruzan la floresta,  
unidas las blancas manos temblorosas;  
y triunfal recorre la ciudad en fiesta  
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas;  
músicas bohemias pueblan los jardines,  
y entre los rosales, sobre las terrazas,  
un canto de amorés gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas  
vuela en las campanas, vibra en los pianos,  
rue en el estruendo de las panderetas  
y tiembla en las arpas de los saboyanos.

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas,  
que invitáis, con vuestros misterios de nido,  
á estrechar el talle de nuestras queridas  
y á decirnos frases de amor al oído:

en todas vosotras asistí á una cita!  
¡Conozco el paraje más bello y ameno...  
y sé el banco rústico que, escondido, incita  
á inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,  
sois las predilectas de las almas loca!...  
¡Entre vuestras sombras los ojos se miran,  
las manos se buscan, se besan las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;  
un rumor de danzas se extingue en las plazas;  
y doliente y trémula, sobre las terrazas,  
la nota postrera vibra en los violines.

En las calles solas, las primeras luces  
entre las tinieblas arden temblorosas,  
mientras de las torres en las altas cruces  
deshoja el crepúsculo sus últimas rosas.

## NOCTURNO

La noche tiende sobre el mundo muerto  
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;  
asciende por la ásperas montañas;  
ruedan al valle; cruzan los senderos;  
lentas invaden la ciudad, resbalan  
por los muros, se enroscan á los árboles,  
entre las flores del jardín se arrastran,  
y en los verdes juncuales del pantano  
asoman la cabeza, y, asombradas,  
permanecen inmóviles, mirándose  
en el profundo espejo de las aguas.

Es la hora negra del dolor... La cita  
de las almas que viven separadas  
por una eternidad... Tiembla en los muros  
la sombra de un murciélago que pasa.

Ya no hay recuerdos del ayer. Mis labios  
no secan la amargura de tus lágrimas,  
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,  
que en la incoherencia del placer me llama...

Tan sólo en el silencio, al apagarse  
los últimos fulgores de mi lámpara,  
aún parece que escucho el ruido, tenue  
como rumor de seda acariciada,  
que producen tus manos inexpertas  
al desatar, temblando, tus sandalias.

## LOS SONETOS Á LA HERMANA

### I

Sobre el viejo piano  
una sonata espera  
caricias de su mano...  
Tiembla en la vidriera

el crepúsculo... En vano  
pides á tu Quimera  
perfumes de un lejano-  
sueño de Primavera.

La soledad te espanta.  
Se extingue en tu garganta,  
como un adiós lejano,

un eco de agonía  
que dice: —Hermana mía,  
¿qué has hecho de tu hermano?

II

Muere el jardín. Al viento  
ni una hoja se mueve,  
ni un rosal vierte el leve  
perfume de su aliento.

Los cipreses oscuros,  
bajo la luz morada,  
proyectan su azulada  
sombra sobre los muros.

Gravita en el ambiente  
un dolor tan violento  
que hasta calla la fuente...

¡Oh, manos de otros días,  
¿dónde estáis, que no os siento  
temblar entre las mías?

III

Yo soy, hermana mía,  
un romero mendigo.  
En la senda que sigo  
ni una estrella me guía.

Sed sin agua, la fría  
noche sin pan ni abrigo,  
sin un recuerdo amigo  
que me haga compañía.

Al misterio me entrego.  
Por él voy caminando  
solo conmigo mismo,

igual que un pobre ciego  
que fuese, tateando,  
al borde de un abismo.

IV

Sobre la paz del mundo  
el silencio resuena  
con un sordo y profundo  
zumbido de colmena.

De pronto, los ramajes  
resplandecen en una  
florencia de encajes,  
—telarañas de luna—.

Y uniendo á su armonía  
la infinita poesía  
de esta divina hora,

al azul se levanta  
la voz fresca y sonora  
de un ruiseñor que canta.

V

Yo he seguido el camino  
de la errante bohemia  
entre amores de anemia  
y locuras de vino.

¡Oh, Juventud! Tus rosas  
se pierden en la brisa...  
Besos dados de prisa,  
caricias presurosas...

Fugitivos placeres...  
Ojerosas mujeres...  
Copas de vino llenas...

Las pipas humeantes,  
los pálidos semblantes  
y las largas melenas.

VI

Yo apagaré el sediento  
impulso en que me abraso...  
¡El cristal de tu vaso  
no empañará mi aliento!

Perdido en el sangriento  
misterio de mi ocaso,  
ni una sombra, ni un paso  
en torno mío siento...

El silencio da frío...  
Y la esperanza es una  
sepultura entreabierta.

Me siento en el vacío  
rodar, bajo la luna,  
como una cosa muerta.

VII

La antorcha de la Vida  
sólo una vez, hermano,  
sentiste estremecida  
vacilar en tu mano.

Hora suprema y única,  
cuando quedaste mudo  
al rasgar una túnica  
y ver tu amor desnudo...

Ensueños de mi ocaso...  
Como el rumor de un paso  
el corazón advierte...

Alguna voz me nombra...  
¿Eres tú, ó es la Muerte  
lo que llega en la sombra?

VIII

¿A qué seguir? Rendido  
tu labio brinda iguales  
besos que otras sensuales  
bocas me han ofrecido...

No esperes ya... Tu ardiente  
sed, tus fiebres constantes  
no hallarán una fuente  
ni unos labios amantes.

¡Oh, Juventud perdida!...  
Cruzarás por la vida  
como una virgen ciega

que por pan y por vino  
se entrega en el camino  
sin ver á quién se entrega.

## OCTUBRE

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa  
de un álamo que, tenue, mece el viento.  
De pronto, una canción dulce y lejana  
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,  
de pámpanos ceñidos los cabellos,  
y temblando en las redes del corpiño  
las candidas palomas de los senos,  
vienen cantando el himno del otoño,  
con los brazos en alto, sosteniendo